

## MENSAJE DE GABON

Euskaldunok:

Beste Gabon berria datorkigu; eta beste urteetan bezela, oraingoan ere, zuekin gogoz beñepein egon naiean, emen natorkizue: Gabon, Eguberri on eta Urteberri on biotz-biotzetik esateko lendabizi. Eta onen joazkigularik, Ludi'an biziak daroazen bideetatik sortuak eta gure Erri'aren gerokoari buruz gaur bururatu dagikeguzan asmo egoki batzuk, alkarrekin erabiltzeko.

Asteko, gauza argi-argi bat ikusi dogu aurten, iñork ezin ukatzekoa; ta ori bera da aurretik oar-erazi gura dautsuedana; Azkenengo aldi auetan, iñoiz baño biziago begi aurre-aurrean agertu yakun indarkeriaren aultasuna.

Indarkerien bidez dana egitea gura izan dabenak lenengoan bai, or ta edonun berena ez zen guztia zapaldurik, betiko gurenda lortu dabela ustez arro. Baña azalean beti ari izanik ez dabe ikusi gura, nai ta nai ez, egun auetako Hungria'ko auzia, ori egiztatzeko. Ezin barruan daroaten aulkeria. Or dugu gure Erria, or dugu indar-zaleak iraun daiken ezer lortu. Ezin izan dabe iñor gogo onez bereganatu. Naiz Euzkadi'n naiz Hungria'n or dabiliz, gaztediak lenengoz, ankerkeri ta indarkeri guztien aurka.

Ona zer ez daben ulertzen indar-zale guziak: Erri baten azkatasunezko gogo ta naimena menperatu ezin ditezkeela.

Indarkerien zaleak gaurko teknikaren bideak berenganatu dabez euren elburuetako. Baiña, egitan, bide oiek eta kulturazkoak be, azkenez, azkatasunaren alde ta gogoaren alde daukaguz egokienak.

Euskadi, gure Erria, ez dago lotan. Aurten izan dogu Paris'en Euskal Bartzar Orokarra, guztien aurrean erne ta bizirik agertzeko. Bertan artutako erabakiak, onurakor eiki, gure Erri'aren geroko biziaren alde, batez ere.

Gogoari dagozkionak, batik bat benetan garrantzidunak. Euskeraren

bizia eutsi ta indartzeko ta euskal kultura ere zabaltzeko, batzorde bereziak doguz dagoeneko. Euskal-Batzarrearen naitz eraturik eta berarizko lanean eten gabe ari izango diranak.

Aurrera, bada, guziok, gogoari dagozkion bideetan barna!

La época en que vivimos señala una profunda crisis en los regímenes de dictadura. El espíritu humano va tomando su revancha contra la opresión mantenida largos años por el pretorianismo, tanto en el Este como en el Oeste. Los ejemplos recientes, singularmente en Hungría, son elocuentes porque se dan en espacios dominados por una implacable fuerza de opresión. Han puesto de manifiesto que la debilidad de los regímenes dictatoriales reside en su propia naturaleza, pues, incapaces de convencer, la violencia les hace odiosos y repulsivos para el pueblo. Disponiendo de todos los recursos del Estado, operando directamente sobre la conciencia pública, presentándose como novedad a las nuevas generaciones, parece que en primer término debieran haber modelado el alma de la juventud incorporándola definitivamente a su sistema. Ha sucedido todo lo contrario. Es precisamente la juventud la que inicia la protesta, cualquiera que sea el terreno donde se hallan instaurados los regímenes antidemocráticos. Se está creando una nueva conciencia civil contraria al uniformismo, que reclama el fin del secuestro de la voluntad libre del pueblo.

Es imposible guardar a éste encerrado permanentemente. Si bien la táctica moderna ayuda con sus refinamientos represivos a aherrar los cuerpos, en otros aspectos esta misma técnica es una aliada del espíritu porque el progreso de sus medios facilita y excita el ansia de saber y de comparar, mucho más cuando la atracción de la cultura y de la verdad se presenta ante los ojos o llega a la inteligencia saltando incluso por encima de las fronteras hasta penetrar en la intimidad del propio hogar. La técnica moderna de la difusión del pensamiento está formando una opinión humana mucho más generalizada de lo que nosotros nos figuramos. Por eso los regímenes dictatoriales impiden por la fuerza en sus propios territorios que se manifieste y se conozca la opinión popular. Esta existe, es extensa. Parece anquilosada o dormida, y sin embargo es una opinión profunda y además poderosa, porque constituye el sentir de la mayoría. Le hace falta sólo una ocasión propicia para que se manifieste, haciéndolo entonces con impresionante fuerza. Así tienen explicación la amplitud de las protestas populares de Berlín, Poznan y, finalmente, de Hungría cuya heroica lucha por la libertad ha despertado en el mundo merecida admiración.

Si a estos hechos añadimos la profunda insatisfacción obrera y hasta su condición miserable en regímenes cuya finalidad suprema, según decían, era la de mejorar su suerte, se comprenderá mejor cuán honda es la crisis que aqueja al totalitarismo de nuestros días. Y la trágica experiencia se está dando lo mismo en el Este que en el Oeste. Podemos proclamarlo nosotros recordando la protesta que entre otras manifestaciones desembocó en las huelgas desarrolladas en el País Vasco los años 1947, 1951 y 1956. La huelga de 1947 fue la primera registrada en Europa contra un régimen de dictadura totalitaria. Fueron

acogidas con simpatía general en todo el mundo porque significaban la valiente demanda de un pueblo no sólo de su pan, sino también de su dignidad.

Los pueblos no duermen, esperan porque, afortunadamente, creen. Los regímenes dictatoriales, sean cuales fueren y estén donde estén, no cuentan con el fervor popular mucho menos con las nuevas generaciones. Un régimen, o un sistema que no cuenta con la juventud tiene corta vida. Le falta la base necesaria para desarrollo. La violencia nunca ha sido solución permanente, aunque aparezca momentáneamente triunfante. El bando del espíritu por ser el de la paz y el de la dignidad humanas, sufre la brutalidad que ignora estos postulados, pero acaba por triunfar. Los partidarios del espíritu quieren no sólo la tranquilidad en la calle, que es cosa fría y que hasta los bárbaros con bayonetas saben imponerla, sino la tranquilidad en las conciencias, la paz civil en la sociedad reconciliada, el progreso en los talleres, en el campo, en el mar y, con ellos, un pan asegurado en los hogares de los trabajadores. Sin Libertad no puede haber justicia política, ni social. La experiencia de nuestros días lo proclama una vez más.

¿Despertará al fin una solidaridad democrática que sin más guerras ni más sangre ayude a los hombres y a los pueblos a asegurar su libertad y su progreso? Los acontecimientos de estos veinte últimos años han sido lo suficientemente elocuentes y trágicos para aconsejarlo. Los de estos últimos días marcan un rumbo decisivo. Vuelve de nuevo a ponerse sobre el tapete internacional no sólo la necesidad de la alianza atlántica sino la reorganización de Europa unida y libre. Tarde o temprano esta expresión de solidaridad europea y democrática habrá de producirse superando todas las dificultades que el libre juego de las opiniones ofrece, a veces, en las sociedades libres.

Es curioso constatar que la solidaridad de las dictaduras se suele producir con extraña espontaneidad, hasta en hechos que parecían imposibles hace poco tiempo. Un caso que ha llamado la atención es el de la repatriación de los ciudadanos españoles que fueron a Rusia con motivo de la guerra civil. Acaban de ser repatriados casi todos ellos, prestando la Unión Soviética al régimen de Franco esta delicada atención. Nos detenemos en este asunto porque durante largos años todas nuestras gestiones para el retorno de nuestros conciudadanos al seno de sus familias fracasaron rotundamente, no mereciendo siquiera una sola respuesta. Y he aquí que repentinamente, no sabemos por qué extraños designios, juega la solidaridad dictatorial sirviendo a Franco lo que a nosotros se nos negó rotundamente. Más aún, lo que tratándose de nosotros hubiera dado base a campañas escandalosas acusándonos de toda clase de contubernios con el comunismo internacional, entre dictadores se tiene por habilidad. Sucede lo mismo que en la vida civil ordinaria. La injusticia es la situación permanente de los regímenes de dictadura, y cuando se rehabilitan las víctimas injustamente acusadas y condenadas o se aplica simplemente la ley tantas veces olvidada, se ensalza el hecho como un mérito extraordinario o como prueba de la bondad intrínseca de estos regímenes violentos, cuando sólo se ha hecho justicia o se ha aplicado esa ley. Lo que es normal en los regímenes civi-

lizados gobernados por la democracia se tiene por destacadísimo progreso en los sistemas totalitarios. Una vez más se ve que a pesar de sus defectos, allá donde es suprimida la democracia, tan necesaria para la vida civil digna, desaparece la libertad y con ella la justicia.

¿Hemos llegado al límite de estas complacencias? Así parecen indicarlo los acontecimientos de estos días. El descrédito y la descomposición interna de los regímenes de dictadura constituyen para los hombres y para los pueblos que creen en la libertad y desean el progreso en la paz motivos de honda esperanza. A nosotros, como al resto de la humanidad situada en el campo del espíritu, alcanzan sus consecuencias. Todos estos hechos marcan una nueva época. Es cierto que el caso de nuestro pueblo es anterior a estos acontecimientos que están circunscritos a un período actual y determinado, aunque nos toque vivirlos con trágica intensidad, como también el que por ser la causa del pueblo vasco anterior a estos hechos continuará viva en el futuro porque obedece a motivos permanentes consagrados por el derecho y la historia, pero es no menos cierto que la crisis de las dictaduras en el mundo y el triunfo de la libertad tendrán influencia considerable en el aceleramiento de la restauración de nuestros derechos.

Pero no basta con que miremos con ilusión y esperanza a la evolución liberadora que se produce en el mundo contemporáneo. Nos corresponde a nosotros, y sólo a nosotros, traducir en actos el afán de libertad de nuestro pueblo. Nos asiste el derecho, la historia nos recuerda la gloria pasada y la indignidad presente, la voluntad de los vascos se manifiesta unánime, pero aún nos falta mucho que alcanzar y ello sólo se conseguirá con nuestra determinación individual y colectiva de servir a nuestro pueblo siendo dignos de su noble causa de libertad. Sin odios, sin rencores, sin inútiles resentimientos, antes bien con entrega generosa, con grandeza de alma y con absoluta seguridad en nuestros destinos. No otra fue la idea que presidió la convocatoria y celebración del Congreso Mundial Vasco reunido a fines de setiembre en París. Aquella asamblea de vascos venidos de todas las latitudes con un mismo espíritu de fe en el futuro y con una determinación de continuar nuestra noble lucha constituyó un acontecimiento cuyos ecos han alcanzado a todos nuestros compatriotas dentro y fuera de Euzkadi. La Asamblea del País proclamó la fe inquebrantable en el triunfo de nuestros ideales, pero también el ansia de paz definitiva entre los hijos del mismo pueblo que sólo puede producirse restaurando la libertad y ejerciéndola por medios democráticos. Así se iniciará el diálogo que acerca y construye frente a la violencia que divide y destruye. Este espíritu abierto a las tareas de la libertad nos hará coincidir en los propósitos fundamentales con todos los demócratas españoles que dentro y fuera de España se afanan en abrir para su pueblo las vías que le conduzcan, como es su derecho, a elegir libremente su destino. Las circunstancias que inexorablemente han de producirse ya se acercan y favorecerán el triunfo de nuestros desig-nios, pero el éxito nunca será completo si no sustituimos el recuerdo de una época triste y llena de violencias, con una organización lo más perfecta posible

que uniendo los esfuerzos del mundo entero prepare los espíritus para reem-  
prender los nuevos caminos del futuro, liquidando y olvidando el pasado,  
reconciliando a todos los hijos de la misma patria como corresponde a un pue-  
blo que está incorporado a la civilización de Occidente y ha estado situado,  
como la historia nos lo recuerda, en la vanguardia de las realizaciones más  
generosas del espíritu humano.

**Gabon, zorionak danori!**

**ALDERDI, enero 1957**